

de su corbata, aunque usados, son magníficos: eso lo conocí al entrar.

—La corbata será robada también.

—¡Oh mamá! ¡tiene ese señor una fisonomía tan noble y tan dulce! Pero callad... alderredor de este blasón hay letras, y debe ser su nombre. Sí, no hay duda...

—¿Qué dice esa inscripción?

—Dice... ¡El Marqués de Caudillac!

—Es un noble perseguido, no ha robado la sortija, dijo reposadamente Mme. Anastasia; y volvió á tomar su calceta.

## XVIII

El anciano subió la escalera despacio, para no llegar antes que Sofía ni al mismo tiempo que ésta; mas un instante después de haberse cerrado la puerta de la habitación, llamó él.

Una voz cascada preguntó con acento desapacible:

—¿Quién llama?

—Una persona que desea ver á Mme. Cottin, respondió el Marqués, pues ya podemos llamar así al anciano.

Abrióse la puerta, y Mariana, anciana seca y de aspecto muy poco agradable, introdujo al Marqués en un saloncito pobremente amueblado.

Veíanse en él, sin embargo, dos objetos de valor: una arpa y un piano.

Lo demás del mueblaje consistía en sillas ya pasadas de moda, en un reloj de poco precio, colocado sobre la chimenea, y un velador cargado de papeles y de libros.

Delante de las dos ventanas caían anchas cortinas de tela de lana verde.

Cuando entró el Marqués, Sofía acababa de despojarse de su sombrero: era la misma encan-



tadora jóven que hemos conocido; su estatura, que apenas llegaba á mediana, era flexible y elegante; la diosa de la juventud hubiera envidiado su talle delicado y lleno de gracia; un bosque de cabellos rubios, finos y ensortijados, guarnecían su frente, blanca y pura como la de una niña; sus grandes ojos azules, llenos de luz y de ternura, hablaban y reían á la par de su boca: tal era su expresión.

Un vestido de seda negro y una manteleta de la misma tela componían todo el atavío de Mme. Cottin: la gracia de los veinte años se veía en aquella gentil figura, en la que el dolor, á pesar de los sinsabores sufridos, no había podido hacer su presa; la alegría de una conciencia tranquila brillaba en aquella blanca frente, en aquella boca dulce y fresca como una flor de primavera.

—Sofía, dijo la vieja nodriza, aquí hay un señor que desea verte,

La joven se volvió; pero su memoria no le recordó aquella figura noble y venerable; saludóle con respeto y le señaló un asiento, ocupando ella otro.

—Permitid, hija mía, que ante todo me dé á conocer á vos, dijo el anciano; los instantes son preciosos y me hallo en una angustia mortal.

—Hablad, caballero, dijo Sofía, sorprendida al ver la palidez y la agitación del anciano; hablad...

—Soy el Marqués de Caudillac.

—¡El amigo de mi padre! gritó Sofía, cuya memoria era muy fiel cuando se trataba de los afec-

tos. ¡Ah señor! ¡ahora os reconozco! ¡vos y vuestra esposa me habéis colmado de caricias en otro tiempo, cuando yo era niña y feliz!

—No os llaméis desdichada, hija mía, dijo el anciano. ¡Yo he perdido todo lo que amaba! ¡mi esposa, mis hijos, duermen hace ya algunos años el eterno sueño!

—¡Yo también estoy sola en el mundo!

—Y bien, hija mía, yo necesito de vos... dijo el Marqués con una dolorosa cortedad.

—Hablad, hablad, Sr. Marqués, dijo Sofía; yo soy pobre, huérfana, viuda; la revolución me ha arrebatado todo lo que poseía... pero mi buena voluntad, mi afecto hacia vos existen... ¿qué puedo hacer?

—Prestarme tres mil francos para pasar á las colonias, dijo el Marqués; si no los tenéis, estoy perdido; los satélites del terror me persiguen... pronto llegarán aquí... hace tres días que he llegado de Tours, donde mi casa ha sido saqueada y entregada á las llamas; huí, y al llegar aquí os busqué... nada pude sacar de la morada de mis padres, y llegué aquí sin dinero alguno; á no ser por vuestra portera, que me ha dado de comer por caridad, ya el hambre agotaba mis fuerzas; hija mía, si no podéis favorecerme... saldré de aquí, para que no me hallen en vuestra casa, y me dejaré prender y llevar á la guillotina... aun está levantada para los desgraciados restos de la nobleza de Francia.



—¡Dios mío! exclamó Sofía; ¡qué desgraciada soy! sólo tengo en mi poder ocho ó diez francos, y no poseo ya alhajas ni nada de valor; todo lo he vendido para atender á una enfermedad de mi pobre aya... ¡Oh! ¡qué infeliz soy! ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer?

Un violento golpe que sonó en la puerta de la habitación cortó la palabra de la joven.

Mariana preguntó quién llamaba.

—¡Abrid á la República! gritó una voz estentórea.

Sofía palideció espantosamente.

El Marqués alzó al cielo los ojos, enviándole la oferta de su vida.

Pero de repente Mme Cottin se enderezó con la mirada radiante de una inspiración repentina; tomó el brazo del Marqués, y le dijo levantando con la otra mano las pesadas cortinas de lana de la ventana:

—¡Ocultáos aquí!

El anciano, llevado por ese amor innato de la propia conservación, que sobrevive á todas las desgracias, obedeció á Sofía.

—Abre la puerta, Mariana, dijo aquélla con voz al parecer firme y serena.

Algunos individuos de la Guardia nacional, armados de fusiles, entraron en la habitación: el que venía al frente traía, además del arma, ceñida una faja encarnada que remataba en dos grandes borlas.

—Cuidadana Cottin, dijo con voz vinosa y ronca; vamos buscando un hombre que nos han dicho se oculta aquí.

—¿Un hombre aquí? exclamó Sofía con la risa más franca y más natural del mundo; desde que perdí á mi marido, ninguno ha entrado en mi casa.

—Sin embargo, tenemos que buscarle.

—Buscad, pues; yo tengo que hacer, y me permitiréis que os deje dueños de la casa.

Mme. Cottin tomó tranquilamente una silla y se sentó delante de la cortina que ocultaba á Mr. de Caudillac, abriendo un grueso volumen, en el que se puso á leer atentamente.

Sin embargo, su corazón palpitaba con violencia, y su rostro estaba pálido como las hojas de una camelia.

Los emisarios del Gobierno entraron en el gabinete de Sofía, y ésta pareció no hacer caso alguno de ellos.

Mariana, la irascible Mariana, parecía sujeta á una timidez dolorosa: juntó las manos y miró á su ama con un terror indecible.

Sofía le hizo una señal imperiosa para que guardase silencio.

Los guardias salieron de la habitación que habían registrado y pasaron á otra.

Sofía no levantó los ojos de su libro.

Cinco minutos después volvieron á entrar en el salón, que recorrieron con una mirada investigadora.



—No hay nada, dijo el jefe; sin embargo, nos han asegurado que le han visto entrar aquí.

—¿Y quién es ese mal sujeto que buscáis? preguntó Mme. Cottin.

—Un noble, un racimo de la guillotina.

—Por cierto, dijo Sofía, que ese pobre noble venía á dar en un asilo muy poco seguro; odio á los nobles.

—Sin embargo, tú tenías un palacio en la calle de Babilonia hará apenas un año, ciudadana; como que te fué ocupado con todos sus muebles por el Gobierno provisional.

—Mi casa era la de un plebeyo; mi padre era un modesto negociante de Burdeos, que vivía de su trabajo; mi marido pertenecía también al mundo financiero; por mi parte, he detestado á los aristócratas toda la vida.

—Vámonos, muchachos, dijo el guardia; si ese lobo ha hallado guarida en esta casa, debe ser en otra habitación de las que ocupan esos nobles extranjeros.

—La bruja de la portera dice, sin embargo, que no ha visto pasar á nadie.

—¡Debo la vida á mi sortija! pensó el Marqués, que se hallaba oprimido por la silla de Sofía.

—Mariana, enciende una bujía, dijo Mme. Cottin; ya no veo á estudiar; y además estos señores pueden volver á registrar la casa con luz, para mayor seguridad.

—No hay para qué, buena vieja; miraremos en

las otras habitaciones; pensándolo bien, un Marqués no puede haberse ocultado aquí.

La fiera turba salió.

Sofía lanzó un largo suspiro, dejó caer el volumen que tenía en la mano, y se echó hacia atrás, privada de color y de voz.

La emoción había sido demasiado fuerte para su delicado organismo.

Los socorros del Marqués y de Mariana la hicieron volver en sí.

—¡Qué miedo he pasado! exclamó. ¡Oh amigo mío! es preciso que acabe de salvaros, y lo haré; no lo dudéis. Mariana, vamos á comer, que voy á salir.

—¿Qué váis á hacer, querida hija mia? exclamó el Marqués.

—La única cosa que puedo hacer por vos; tengo un manuscrito, cuyas primeras hojas decían que valían algo; lo he terminado, y voy á venderlo.

—¿Pero esta misma noche? exclamó Mariana de mal humor; hará una noche cruel, pues empieza á llover de tempestad.

—No importa; Sr. Marqués, antes de amanecer tenéis que salir de Paris; vuestra vida está en grave peligro: no es probable que me den tres mil francos por mi manuscrito; pero os iréis con lo que me den; yo os remitiré luego más dinero.

Mientras hablaba así Mme. Cottin, Mariana había cubierto la mesa en el comedor: el Marqués y Sofía pasaron á él, y el anciano sirvió con mano